

OBISPO

Cartas

Carta Pastoral sobre la Cuaresma de 2022 No nos cansemos de hacer el bien

La carta para la Cuaresma que nos envía el papa Francisco se centra en un comentario al texto paulino, en donde se lee: *No nos cansemos de hacer el bien, porque, si no desfallecemos, cosecharemos los frutos a su debido tiempo. Por tanto, mientras tenemos la oportunidad, hagamos el bien a todos* (Ga 6, 9–10). Si luchar por hacer el bien es uno de los objetivos que siempre brotan del corazón de un bautizado, ese sentimiento se hace más apremiante en nuestro camino hacia la Pascua.

La Cuaresma es siempre un tiempo especial durante el que se nos invita a la conversión personal y comunitaria, se nos pide que “sembramos” el bien, primero purificando nuestro corazón y después, cuidando nuestras relaciones personales, luchando por *anegar el mal con que nos encontramos en abundancia de bien*. Al observar el tenor de vida de nuestros conciudadanos, y también nuestra propia existencia, somos conscientes de que hay una prevalencia de cosas malas que nos hacen infieles: envidia, soberbia, deseo de tener, de acumular y de conseguir ser más y mejores que los demás. Ante esto el papa nos ofrece otro estilo de vida:

1.– **No nos cansemos de rezar** porque necesitamos a Dios. *Pensar que nos bastamos a nosotros mismos es una ilusión peligrosa*. La oración nos ayuda a vernos tal como Dios nos ve. Es cierto que a veces nos cuesta ser auténticamente orantes; sin embargo, conviene que nos descomplicemos la manera de hacer oración y descubramos que es algo más simple de lo que nos imaginamos. Orar no consiste en lanzarle discursos a Dios, ni hablar mucho, sino en dejar que la voz del Señor encuentre un eco en nuestro corazón, de ahí que para escucharlo es imprescindible que cuidemos el silencio. Esta es una disciplina que nos resulta especialmente laboriosa porque estamos inmersos en una existencia de muchos ruidos. Hacer silencio para escuchar a Dios y buscar el sosiego y la paz para hablar con Él es un trabajo espiritual imprescindible. Cuando conseguimos dar ese primer paso, entonces la oración surge de forma espontánea. A veces puede ser que sólo consista en repetir una pequeña oración, entresacada del Evangelio, dicha con el corazón y sin ruido de palabras. En otras ocasiones, puede ser bueno que le digamos cosas buenas de los demás o que le manifestemos las necesidades que agobian

nuestro corazón. Si nos encontramos con el corazón y el alma muy fría y seca espiritualmente, leamos algún salmo muy despacio, o un texto de la Sagrada Escritura que nos produce especial agrado, o, sin más, repasemos la letra de alguno de los cantos que recordamos. Intentémoslo. ¡Lo necesitamos! Con la oración somos capaces de descubrir la verdad de nuestra existencia y, aunque, a veces nos puede aplastar con su realismo, si luchamos por ser verdaderos orantes, no perderemos la esperanza porque, si es verdad que Dios nos ve tal como somos, bien es cierto que nos contempla con ternura y misericordia de Padre. Siempre nos perdona.

2.– *No nos cansemos de extirpar el mal de nuestra vida.* He ahí el otro consejo del Santo Padre. Para lograrlo es necesario que descubramos que la praxis cristiana del ayuno cuaresmal es una realidad positiva que fortalece nuestro espíritu y nos libera de tantas cosas que nos apartan de Dios. El papa Francisco nos invita a *luchar contra la concupiscencia*, que es una palabra de la ascética cristiana que apenas se escucha y, sin embargo, si nos detenemos un poco a reflexionar, es esa tendencia, y al mismo tiempo fragilidad interna, que nos lleva a girar sobre nosotros mismos y a abrir nuestro corazón a todo tipo de mal. En realidad, son esos malos deseos que, sin darnos cuenta, encontramos en lo más íntimo del ser humano. Pero, además de todo esto, el papa Francisco nos recuerda que en la actualidad el mal ha adquirido otros rostros, uno de ellos es *el riesgo de la dependencia de los medios de comunicación digitales, que empobrecen las relaciones humanas*, y no sólo eso, sino que al ser unos medios tan impersonales, se prestan para hablar de los males ajenos, a veces ampliándolos o exagerándolos, otras veces emboscándonos tras esos medios telemáticos que con su anonimato son fuente de muchas mentiras, calumnias, maledicencias –dice Francisco–, que se convierten en una especie de “terrorismo” que consiste en “matar” la vida, el honor y la buena fama del hermano. ¡Qué bien nos iría, durante estos días, llevar a nuestra meditación el capítulo tercero de la carta de Santiago, la primera de las llamadas Cartas católicas!

3.– Debemos *esforzarnos por cuidar los encuentros* con las personas concretas y, de manera especial, con su dramática realidad. Cáritas Diocesana nos invita a participar en sus programas especiales para este tiempo cuaresmal ¡Son tantas las necesidades! Además de todo esto, no nos olvidemos que debemos ayudar al Papa en su labor humanitaria de auxilio a los refugiados y damnificados a causa de la guerra de Ucrania.

Y no sólo eso, pensemos en esa llamada telefónica, en esa carta que hay que contestar, en el WhatsApp, en ofrecernos en la parroquia para atender alguna actividad. Si es verdad que nuestra vida es una ocasión propicia para convertirnos en sembradores de paz y de bien, aprovechemos este tiempo cuaresmal para cuidar a los que tenemos más cerca.

¡Qué hermosas son estas palabras del Santo Padre!: *En este tiempo de conversión, apoyándonos en la gracia de Dios y en la comunión de la Iglesia, no nos cansemos de sembrar el bien. El ayuno prepara el terreno, la oración riega, la caridad fecunda.* Ese es mi deseo para todos vosotros, hermanas y hermanos míos, y que Santa María Nai, la Virgen del Consuelo nos ayude a hacer siempre el bien, aunque nos cueste.

Me encomiendo a vuestras oraciones.

Os bendice con afecto,
J. Leonardo Lemos Montanet
Bispo de Ourense

Mensajes

Ucrania

Mis queridos hermanos y hermanas.

¡Queridos diocesanos todos!

Ante la situación dramática que está alcanzando el conflicto entre Rusia y Ucrania y la que se vive en otros lugares del mundo, viene a mi recuerdo, al leer el Mensaje del papa Francisco, aquellas palabras de Pío XII pronunciadas en momentos muy graves para el mundo occidental y, de manera especial, para España. Decía el Santo Padre:

“Nada se pierde con la paz, todo puede perderse con la guerra” (Pío XII, radiomensaje de 1939).

Os invito a secundar los deseos del papa Francisco que nos manifestó en su mensaje. Por mi parte, os rogaría que:

1.– El próximo 2 de marzo, Miércoles de Ceniza, realicemos –en la medida de nuestras posibilidades de salud– una jornada de ayuno por la paz. En caso de que, por razones médicas no sea factible, sería bueno prescindir de algún programa de televisión o de interrumpir nuestro “enganche” a las nuevas tecnologías y emplear ese tiempo en una lectura meditada del Evangelio de san Lucas, o bien rezar, meditando los misterios de la vida de Jesús, el Rosario a la Virgen María.

2.– Bien en ese mismo día, o a partir de que seáis conocedores de esta nota, buscando la hora más oportuna, os ruego que intensifiquéis vuestra oración con un acto de adoración ante el Santísimo Sacramento. Procurad que este acto se haga con la mayor sobriedad posible y no con la solemnidad que acostumbramos. Basta la simple exposición de la Eucaristía, sin cantos ni incienso, o bien abrir la puerta de vuestro sagrario. Donde no se pueda, os recomiendo que recéis el Rosario y en las letanías, en lugar de repetir “Ruega por nosotros”, diremos: ¡Danos la paz!

Sería bueno que se hiciese una colecta extraordinaria a lo largo de esta semana y el resultado de la misma, que se os comunicará a través de estos medios, será enviado al papa Francisco para que pueda ayudar con nuestras limosnas a los refugiados que huyen de Ucrania. Esta colecta podemos extenderla durante un tiempo más largo, sin olvidar nuestros compromisos con Cáritas.

Con mi bendición y afecto,
J. Leonardo Lemos Montanet
Bispo de Ourense

Campaña de Manos Unidas **Una palabra que lo define todo: indiferencia**

Las organizadoras de la Campaña de Manos Unidas de este año 2022, “Campaña contra el hambre en el mundo”, han escogido un lema que encierra en sí mismo un profundo contenido que no sólo afecta a esa terrible realidad que sigue de forma lacerante aquejando a muchos hombres, mujeres, niños y ancianos en nuestro siglo XXI: el hambre. Desde nuestra situación social en la que nos encontramos, con unas políticas de progreso en las que se gastan cientos de miles de euros, no podemos quedarnos en silencio ante una estructura de pecado que aquietta tantas conciencias. No vale que se nos presenten, a través de algunos medios, campañas orquestadas que lo que pretenden es que desviemos la atención hacia lo que algunos gobernantes estiman es lo más importante: los bienes de la Iglesia, las inmatriculaciones, la pederastia de los curas, la aplastante información sobre el covid-19, la guerra del siglo XXI, etc. Y mientras, ante la realidad, tozuda como siempre, surgen posturas “buenistas” o indiferentes.

El papa Francisco, con la valentía y la claridad que le caracterizan llegó a afirmar: *La omisión es también el mayor pecado contra los pobres. Aquí adopta un nombre preciso: indiferencia. Es decir: “No es algo que me concierne, no es mi problema, es culpa de la sociedad”. Es mirar a otro lado cuando el hermano pasa necesidad, es cambiar de canal cuando una cuestión sería nos molesta, es también indignarse ante el mal, pero no hacer nada. Dios, sin embargo, no nos preguntará si nos hemos indignado con razón, sino si hicimos el bien.*

La ocasión que nos brinda Manos Unidas es la de ser como un despertador de nuestras conciencias. No podemos dejar que nos sigan “colonizando ideológicamente” con las informaciones acerca de una realidad casi virtual. Las mujeres de Manos Unidas con su sensibilidad e intuición nos están invitando a que gritemos un: ¡basta ya! Ante tantas frivolidades y manipulaciones de la realidad, desde esta ONG siguen ofreciéndonos sus líneas de trabajo: por una parte la financiación de proyectos de desarrollo humano para vencer la “pandemia” del hambre en los países del Sur y, por otra, la sensibilización de la población en España. Las prioridades ya las sabemos: agua y saneamiento; alimentación y medios de vida; educación; salud; derechos de las mujeres y equidad; derechos humanos y saneamiento de la sociedad civil; cuidado del medio ambiente y cambio climático.

Manos Unidas es la organización de la Iglesia Católica en España creada para la lucha contra el hambre y la pobreza en los lugares más excluidos de nuestro mundo. También está trabajando en esa famosa agenda 2030, procu-

rando no dejar a ninguna persona atrás, excluidas a causa de su religión, sexo, opciones políticas y opiniones ideológicas. A lo largo de los 63 años de su existencia, esta institución sigue dando pasos de gigante, a pesar de que sus austeros presupuestos, incomparables con los que nos gastamos en nuestros países occidentales en campañas o programas que dan lástima, las mujeres de Manos Unidas en el pasado 2020 han llevado a cabo 506 proyectos en 53 países. Toda esa realidad se ha podido llevar a cabo con la aportación de esas pequeñas colaboraciones que han hecho muchas personas; de hecho, más del 83,5% de sus ingresos han llegado de fondos que provienen del sector privado.

La indiferencia es una verdadera pandemia que nos afecta, de forma global, a todos los que formamos parte de esta sociedad del bienestar. Es cierto que en nuestras aldeas, villas, pueblos y ciudades, como consecuencia de la pandemia han aumentado las necesidades; pero bien es verdad que ese crecimiento ha sido exponencial en otros lugares de la tierra a donde sólo llega Manos Unidas. Que la campaña de este año nos ayude a reaccionar y podamos salir de esas inercias, de las que nos habla Francisco, ya que podemos caer en la tentación de mirar hacia otra parte, de pensar que el problema del hambre en el mundo y de sus terribles consecuencias no tiene nada que ver con nosotros, llevándonos a centrarnos de forma autorreferencial en nuestro pequeño mundo, de tal modo que *mientras una parte de la humanidad vive en opulencia, otra parte ve su propia dignidad desconocida, despreciada o pisoteada y sus derechos fundamentales ignorados (Fratelli tutti, 22)*. Y es el Papa quien nos invita a situarnos dentro de la perspectiva de la *verdadera sabiduría*, porque sólo así podremos encontrarnos de verdad con la auténtica realidad que nos rodea y nos dará la fuerza y la valentía necesaria para buscar el remedio y la solución a tantos males. No dejemos que la indiferencia nos robe la humanidad de nuestro corazón y así estemos dispuestos siempre a abrirnos a la realidad y a colaborar, aunque sea con nuestras pequeñas posibilidades, a que la “pandemia” del hambre en el mundo desaparezca.

J. Leonardo Lemos Montanet
Bispo de Ourense

Homilías

Fiesta de Santo Tomás de Aquino

Capilla del Seminario Mayor, 28 de enero de 2022

Saludo con cordial afecto a los rectores de los Seminarios Divino Maestro y Redemptoris Mater y al equipo de formadores.

Al Director del Instituto Teológico Divino Maestro y al Claustro de profesores. Al Director del Centro de Ciencias Religiosas y a los profesores de este centro. Al Instituto da Familia.

Queridos seminaristas y alumnos.

Mis queridas Hijas de Nuestra Señora del Sagrado Corazón, María Madre.

Mis queridos amigos:

Celebrar esta fiesta tan entrañable al comienzo del segundo cuatrimestre es para todos nosotros causa de alegría. La Liturgia de la Palabra de este día nos ofrece, como siempre unas buenas enseñanzas para nuestra vida. Porque el encuentro con las Sagradas Escrituras es siempre un acontecimiento espiritual y, por tanto, tenemos que ser conscientes de que, hoy que se habla tanto de **encuentro, escucha y dialogo**, como palabras clave para entender y vivir el espíritu de comunión y, sobre todo, situarnos en la dinámica de la sinodalidad, esas mismas realidades se dan siempre que tomamos en nuestras manos y, de manera especial, abrimos la inteligencia de nuestro corazón a una Palabra que nos interpela y nos ayuda a escudriñar nuestra vida. Desde la perspectiva de la fe nos podemos abrir a Dios de tal manera que Dios mismo nos habla a las personas a través de su Palabra. Por eso, el verdadero teólogo –y esto se aplica a cada uno de los estudiantes de Estudios Eclesiásticos– debe ser ante todo una persona que escucha, que cree y que reza, que deja que Dios hable y que lo escucha para poder hablar de Dios de manera creíble a partir de ese silencio que es el humus imprescindible para que ese encuentro dé vida y fructifique. Sólo los teólogos y los estudiantes de Teología que son obedientes a la Palabra de Dios y no buscan el aplauso del pueblo pueden ser portadores de la verdad de Dios y servidores de la nueva tarea evangelizadora.

Tomás de Aquino se situó dentro de estas coordenadas humanas y cristianas, por eso su nombre se eternizó en el tiempo y su vida sigue siendo un modelo para el estudiante cristiano de ayer, de hoy y de siempre; y sus escritos, a pesar del tiempo transcurrido forman parte de la reflexión teológica a la que recurren cotidianamente –como punto de referencia– aquellos que quieren ser auténticos teólogos en el seno de la Iglesia. Porque su estilo de teología no sólo es una forma de conocimiento intelectual, sino que es una fe que es en sí

inteligentemente propuesta, de modo que la fe se convierte en inteligencia y la inteligencia en fe.

Es tan importante esa actitud de encuentro, escucha, estudio y reflexión sobre la Palabra de Dios que no conocer las Escrituras significa no conocer a Cristo. Para conocer al señor es necesario acercarse y acoger su Palabra, familiarizarse con ella, porque sin ese encuentro personal con Cristo, a través de su Palabra, incluso los libros de las Sagradas Escrituras no son nada más que eso, simples documentos profanos, a los que nos podemos acercar como lo hacemos con cualquier otro texto de la literatura universal. Por otra parte, cuando no se da ese encuentro con la Palabra de Dios, tampoco somos capaces de encontrar nada del querer de Dios en los documentos de la Iglesia y de sus pastores, especialmente del magisterio pontificio, por una simple razón: aquel que no se encuentra frecuentemente con la Palabra que es Cristo que le habla, tampoco tendrá tiempo para leer y meditar los documentos que nos ofrece la Iglesia y, si actuamos así, corremos el riesgo de poner en peligro nuestra vida de fe y, en nuestro caso, seminaristas, sacerdotes, religiosas, ese riesgo se transforma en una grave hipoteca sobre nuestra vocación; o bien nos convertimos en burócratas y funcionarios de una fe que no vivimos sino que convertimos en pura apariencia fría del sistema al que, aparentemente servimos; o bien, además de ser funcionarios de lo sacro, nos situamos en la pendiente de aquellos que abren su corazón y se lo ofrecen al primer postor que se acerca a nosotros, a veces con buenas intenciones. Cuando esto sucede la crisis cristiana y vocacional ya no es tal crisis, sino un *modus vivendi*, es decir, un estado de vida del que es muy difícil dar marcha atrás, a no ser que nuestro Señor haga un milagro.

La Iglesia ha puesto la primacía de la Palabra de Dios en el centro de la misión del obispo y del sacerdote, también de los consagrados y de los fieles laicos; sin embargo, en muchas ocasiones esto es un simple adorno. En la situación de nuestra sociedad, sólo nuestro pueblo puede sentirse interpelado por la predicación de la Iglesia, si encuentra en sus ministros testigos creíbles del Evangelio que predicamos. Creedme, no se busca a los funcionarios, se los tolera; y que conste que no tengo nada contra los funcionarios porque tengo personas muy queridas de mi familia que forman parte de este cuerpo profesional.

Por consiguiente, Santo Tomás nos invita a que nos convirtamos en *oyentes* de la Palabra para poder ser, después *servidores* creíbles de la Palabra. En esa perspectiva se entiende aquella anécdota histórica de Santo Tomás que tuvo lugar un 6 de diciembre de 1273, después de celebrar la Misa de San Nicolás, cuando Fray Reginaldo, su secretario, estaba aguardando a que el Maestro Angélico reanudara el dictado teológico habitual, este le respondió:

Fray Reginaldo, no puedo, porque todo lo que he escrito parece como paja para mí. Santo Tomás, después de aquella experiencia mística que experimentó durante la Eucaristía, ya no escribió más.

Y hablando de la Palabra: ¿qué nos dice la Palabra de Dios que ha sido proclamada en la liturgia de hoy? El texto evangélico, nos diría Santo Tomás, nos propone dos parábolas: la semilla plantada que por sí sola da fruto y la del grano de mostaza. Y teniendo estas dos realidades delante el Señor nos pregunta: *¿Con que podemos comparar el Reino de Dios?* Sólo Dios puede comparar el Reino porque nosotros no conocemos ni sus inicios ni su crecimiento ni su plenitud, imprescindible para establecer una comparación adecuada. Sólo podemos contentarnos con las imágenes más o menos elocuentes o bellas que nos ofrece, precisamente, la Palabra de Dios. Y, concretamente, uno de los criterios que nos ofrece la Palabra de hoy para vivir la realidad del Reino aquí en la tierra y gozarlo en la eternidad nos lo indica el mismo Señor al proponernos la ley de lo más pequeño.

Un ejemplo práctico lo encontramos en el capítulo 11 del libro de Samuel. Allí se nos presenta a David, elegido por Dios entre sus hermanos, el más joven, de figura atrayente, el más valiente, el más todo; y, sin embargo, al quedar instalado en el poder, impermeable ante la Palabra de Dios que se le hacía presente ante tantas mediaciones; él que lo poseía todo y era dueño de todo, se dejó atrapar por la torpe curiosidad de una mirada. No nos olvidemos que esa curiosidad tiene lugar después de una tarde de siesta –un rey que descansa mientras sus soldados mueren por él–, y se encapricha de una mujer –él que tiene mucho donde escoger–, y se va tras una mujer casada. La pasión ciega la inteligencia y perpetra el crimen. Es un ejemplo que nos propone la Escritura para que estemos atentos y vigilantes. En nuestra situación actual, no es necesario asomarse a ninguna terraza, la podemos tener en nuestro cuarto de trabajo, o en la oficina –no os podéis imaginar los resultados del análisis sociológico sobre la cantidad de horas de consumición de pornografía en los despachos oficiales durante la jornada de trabajo–; esas son las terrazas del mundo digital.

Amigos míos: sólo con la contemplación de la Palabra en la oración cotidiana nos podemos apropiarnos de la bondad de ese colirio que nos puede ayudar siempre a aprender a mirar, a mirar más lejos, a mirar en lo más profundo del corazón para que descubramos que es precisamente ahí en donde nos encontramos con la voz de Dios que nos libera de esas miradas que nos pueden hacer perder la vocación y el alma, y, además, podemos estar seguros que nos impedirán contemplar con verdad el misterio de la Eucaristía como le ocurrió a Santo Tomás. Él nos invita a cuidar la sobriedad no solo en las miradas, sino de manera especial en la utilización de los medios telemáticos que siendo tan

útiles para muchas cosas, en ocasiones se convierten en instrumentos perniciosos que pueden entrapar nuestras almas en el lodazal de la impureza e incluso pueden llegar a convertirse en instrumentos de muerte aniquilando la buena fama de las personas o propalando la mentira.

Volvamos la mirada hacia aquellos que la Madre Iglesia pone delante de nosotros para que aprendamos a ser constructores del Reino, cuidando esas pequeñeces ordinarias, como es el uso del ordenador, del smartphone, del móvil, incluso nuestras conversaciones cotidianas, ¡hay tantas cosas buenas que nos podemos comunicar y decir!

Que la Madre del Divino Maestro nos ayude a ser honestos con Dios y sinceros con nosotros mismos –y no al estilo del rey David– para que así vivamos con gozo y alegría la tarea de ser testigos valientes del Evangelio de Jesucristo.

Homilía dentro de la Novena a Nuestro Padre Jesús Nazareno, en la iglesia parroquial de Santa María del Puerto

Marín (Pontevedra), 26 de febrero de 2022

Mi querido D. David, párroco de Santa María del Puerto de Marín. Saludo y agradezco al Presidente y Hermano Mayor, así como a los demás miembros directivos de la Cofradía Penitencial de Nuestro Padre Jesús Nazareno y a sus fieles devotos, por haberme invitado a presidir esta celebración eucarística con motivo de los 70 años de la fundación de esta venerable cofradía.

Mis queridos hermanos y hermanas:

A lo largo de estos días, estáis contemplando *las miradas de Jesús*, un hermoso y fecundo tema de meditación para los creyentes en el Dios de la misericordia y del perdón. En realidad, al hacerlo estamos siguiendo lo que el mismo san Juan nos ha enseñado en su Evangelio cuando pone delante de nuestros ojos que, a pesar de los siglos, contemplamos desconcertados los acontecimientos de la pasión y muerte del Salvador. Aquel Apóstol valiente que estuvo presente a los pies de la cruz del Señor, y no huyó ni negó al Maestro, nos dice: ***Mirarán al que atravesaron*** (Jn 19, 37). Sí, hoy, nos invitáis, con este hermoso tema de meditación, a contemplar a Jesús, el Nazareno. Lo hacéis siguiendo la estela de vuestros predecesores que, a lo largo de estos últimos setenta años, se dejaron fascinar por la mirada llena de dolor, y al mismo tiempo de esperanza y de misericordia, de esta venerable imagen del Nazareno.

En este día, me habéis sugerido que podíamos meditar juntos cómo la mirada del Nazareno *nos salva*, o mejor, para darle un sentido más personal e íntimo, tal como me lo habéis indicado, *su mirada te salva*. Sí, su mirada inmortal nos salva, nos libera de la realidad del pecado y de la muerte, nos libera de nuestra mortalidad y, como nos recordaba el apóstol Pablo, en ese fragmento de la carta a los filis de la iglesia de Corinto: *La muerte ha sido absorbida en la victoria. ¿Dónde está muerte tu victoria?* (1 Cor 15, 54–58).

Si nos acercamos con la inteligencia del corazón a la mirada del Nazareno, nos damos cuenta de que, en esta ocasión, al dejarnos mirar por Él, nos encontramos con unos ojos llenos de lágrimas y enrojecidos por el dolor. Ya no son sólo nuestros pecados e infidelidades los que turban su mirada, sino que hoy sus ojos nos miran así porque el Nazareno de esta humanidad se siente de nuevo herido, porque los cristianos tantas veces claudicamos en nuestros compromisos y consentimos que el mismo Dios sea un descartado más en nuestra sociedad. Parece que ya no se puede hablar de Dios. Hasta nuestros niños conocen mejor los nombres de las divinidades paganas de hace siglos

que la de personajes históricos del Evangelio. No hay más que ver la cantidad de filmes que se proyectan no sólo en la televisión, sino también en canales especiales a los que tienen acceso a través de los medios telemáticos que manejan con soltura. Ya desde niños se les enseña cómo eran y actuaban los dioses mitológicos del pasado, pero jamás se les habla del Dios de Jesucristo que es amor y ternura. Por eso, los ojos del Nazareno nos miran con dolor ante la legalización de tantas realidades que so pretexto de un falso progreso están destrozando la vida de tantas personas, entre ellos muchos jóvenes. ¿Os habéis preguntado cuántas personas se han suicidado en Galicia en el último año y cuántos de ellos eran jóvenes? ¿Nos hemos interrogado alguna vez del porqué de esos crímenes horrorosos que se han vivido en el ámbito familiar? Incluso se nos heló la sangre cuando escuchábamos la narración que hacía un adolescente después de masacrar a su familia por haberle castigado sin acceso al wifi. ¿Nos hemos preguntado el porqué de todos esos gravísimos sucesos? Estamos construyendo una sociedad al margen de la mirada de Dios, y esa mirada no es para esclavizarnos ni controlarnos ni hacernos infelices o para reprimirnos como nos dicen algunos, sino todo lo contrario, Jesucristo y su Iglesia quieren que construyamos una sociedad y un mundo en paz, más justo, sin violencias, que vaya progresando bajo la mirada de Dios que es amor y nos contempla con ternura. Y para lograrlo necesitamos establecer las bases de un desarrollo pleno e íntegro de toda persona, independientemente de su edad, condición y orientación política; Dios nos quiere inmensamente libres y, en cuanto que hombres y mujeres libres, respetuosos con la dignidad de toda persona desde aquella que se va desarrollando en el vientre de su madre, hasta aquella otra que se debate en medio de una enfermedad grave o vive, como anciano, los últimos momentos de su existencia sobre la tierra. Queremos y buscamos una dignidad que es respeto a los otros, a su diversidad; una dignidad que se apoya en ese ser de criaturas a imagen y semejanza de Dios. Es ahí de donde arranca nuestra grandeza.

En el Evangelio que hemos proclamado hace unos momentos, el mismo Jesús –el Nazareno de esta humanidad– nos plantea una pregunta: *¿acaso puede un ciego guiar a otro ciego? ¿no caerán los dos en el hoyo?* (Lc 6, 39-45). Hermanas y hermanos míos: ¡somos afortunados! Como cristianos somos hijos de la luz y como tales estamos llamados a iluminar los senderos de nuestra tierra con el resplandor del Evangelio vivo; y ese Evangelio vivo no es sólo un libro que el cura lee cuando vamos a Misa; el Evangelio vivo tiene un nombre propio que nos recuerda con frecuencia el Santo Padre Francisco; ese nombre es: Jesucristo. Lo que estáis realizando a lo largo de estos días, ya previos a la Cuaresma, es algo muy importante, porque no solo os habéis reunido por devoción al Nazareno, sino que esa devoción os convoca

para escuchar la Palabra, abrir los oídos a la predicación que llega siempre a nosotros a través de las mediaciones que nos pone la Iglesia, en este caso, de los predicadores que estos días vienen a compartir con vosotros el pan de la Palabra, el pan de la Eucaristía, y vuestra devoción hacia Jesucristo el Nazareno. Estos días son una ocasión de acción de gracias y de renovación de nuestras vidas y, además, son una invitación para hacer realidad el mensaje del Papa para esta Cuaresma: *¡No os canséis de hacer el bien!* (Ga 6, 9).

Hacer el bien como lo habéis hecho estos últimos días acogiendo a los familiares del Villa de Pitánxo y, por pura empatía cristiana, habéis hecho vuestro sus dolores y preocupaciones y, además, os habéis puesto en camino para ayudarles con eficacia; sin buscar la publicidad ni el aplauso.

Estamos llamados por la mirada del Nazareno para ser constructores de bien allí donde nos encontremos: en el hogar, en las relaciones vecinales y de amistad, en la vida parroquial, en toda la villa y en todo nuestro mundo. Hacer el bien es siempre uno de los objetivos que brotan del corazón de un hombre y de una mujer, ya sea anciano o niño, que se ha encontrado con Jesucristo; porque no nos podemos olvidar de aquello que se nos dijo: *La alegría del Evangelio llena el corazón y la vida entera de aquellos que se encuentran con Jesucristo*, el Evangelio de la vida. Y aquí nos encontramos, con ocasión de esta novena, con este Cristo Nazareno que nos habla por medio de su Palabra, nos quiere alimentar con su Eucaristía y nos invita a escuchar, acoger, acompañar, respetar y perdonar a todos aquellos con los que nos encontremos. No caigamos en la tentación de hacer de nuestro cristianismo un carnaval. ¡Todo lo contrario! Nuestro cristianismo es mucho más que una religión, como otras, es sobre todo una vida y, como tal, no podemos encerrarlo ni en nuestras sacristías ni sólo en nuestros templos como pretenden algunos de nuestros dirigentes políticos y agentes sociales. El cristianismo es sobre todo vida, una vida en la intentamos que, con nuestras luchas, ayudados por la gracia de Dios y contando con la colaboración de los hermanos, se vaya plasmando en nosotros la Palabra y las obras de Nuestro Señor Jesucristo. Por eso, el cristianismo no se puede encerrar tras unos muros. De ahí que, en estos gravísimos momentos, nuestro cristianismo, nos impulsa con fuerza a salir no sólo de todos esos males que estamos viviendo como secuelas de una pandemia, que le cuesta abandonarnos, sino también de esa otra gran pandemia con la que nos encontramos estos días, todavía más grave, que está causando dolor y muertes, como consecuencia de esa guerra, que parecía impensable, en las entrañas de la misma Europa. Ya no son ruidos de armas que llegan a nuestros oídos procedentes de allende los mares o de otro continente —que también nos duelen—, ahora está muy cerca de nosotros y no sabemos cómo terminará esta trágica aventura. Sí, estamos seguros que sufriremos, antes o después, las

consecuencias de este delirio belicista que nos recuerda a otros momentos de nuestra historia reciente. No nos olvidemos que estas cosas graves comienzan por acontecimientos pequeños como aquel que asoló el mundo entero en la década de los años treinta del siglo pasado. En esta situación son proféticas las palabras del papa Pío XII, en el radiomensaje de Navidad de 1939: ***Nada se pierde con la paz; todo puede perderse con la guerra.*** Estas palabras conmovieron el corazón de aquel papa bueno, san Juan XXIII, quien las recogió en su última Carta encíclica *Pacem in terris* (11 de abril de 1963), escrita en unos momentos en los que la enfermedad estaba consumiendo su vida; de hecho, falleció mes y medio más tarde, el 3 de junio de 1963. Pero la escribió en un momento difícil en el que existía una grave tensión entre dos de los bloques más poderosos de la tierra.

Algo similar hizo san Juan Pablo II, para evitar la llamada Guerra del Golfo, en el próximo Oriente, cuando delante de una multitud de fieles, después del rezo del Ángelus, les dijo: *Después de haber llamado insistentemente a las puertas de los poderosos de la tierra para que no se llegase a la guerra y habiendo fracasado, os invito, como lo han hecho otros papas a lo largo de la historia, a que volváis la mirada a la Madre de Dios y le supliquéis la paz.* Eso nos pide ahora el papa Francisco: **oración** para que convierta el corazón de los poderosos de este mundo y **limosna** para colaborar con la acogida de los desplazados y refugiados. Dentro de unos días, precisamente, la Iglesia al comienzo de la Cuaresma nos incitará a cuidar la oración, el ayuda y la limosna.

Sí, hermanas y hermanos míos, la mirada del Nazareno siempre es una mirada de salvación. Nos sentimos salvados por gracia de Dios, pero, somos salvados para convertirnos en salvadores de los demás; lo mismo que somos evangelizados para ser evangelizadores. Y esto es así porque nuestro cristianismo es vida, por eso los problemas de nuestra existencia y de la de los demás, aunque se encuentren lejos de nosotros, afectan a nuestra vida de fe.

Que Nuestro Jesús Nazareno nos conceda aquello que precisamos, pero, de manera especial, nos conceda el don de la paz a nuestro mundo; un mundo globalizado en el que ya no hay fronteras, de ahí que los problemas de unos son, ineludiblemente, problemas de todos; en especial, problemas nuestros que, por ser cristianos y fieles devotos del Nazareno, tenemos un motivo más grande para amar, para perdonar, para ayudar, para ser esos testigos misioneros del amor y de la paz de Dios.

Que así sea.

Solemniade de San Rosendo

Mosteiro de Celanova, 1 de marzo de 2022

Benqueridos irmans sacerdotes.

Dignísimas autoridades.

Membros dá Academia Auriense–Mindoniense.

Meus queridos irmáns e irmás:

“Cheos de gozo, na festa de san Rosendo, (...) Concédenos a graza, Señor, de traballar pola paz para podermos ser chamados fillos teus”.

Esta é unha das oracións que recolle a liturxia da solemniade de san Rosendo. Con ela pedímoslle que nos axude a traballar pola paz da que tanto precisamos nestes momentos: *Concédenos a graza de traballar pola paz...* Sabemos que san Rosendo viviu nunha época moi difícil, naceu a comezos do século X, no ano 907, e a súa época caracterizouse por ser un momento de graves incidentes sociais e políticos, non só no ámbito da sociedade civil, tamén dentro da mesma Igrexa. San Rosendo soubo responder con xenerosidade e sacrificou a súa vocación para prestar un servizo ao pobo de Galicia, aínda moi novo, foi elixido bispo de Mondoñedo, diocese que presidiu durante varios anos, ata que, desexoso de soidade monástica –a súa auténtica vocación– se retirou a Celanova, onde fixo levantar un mosteiro. Como xa dixemos antes, os graves acontecementos sociopolíticos do momento apartárono do seu retiro para ocupar o cargo de vicerrei de Galicia e de rexer a diocese de Iria Flavia (mais tarde Compostela). Cando logrou liberarse destes compromisos, volveu a Celanova, onde morreu santamente o 1 de marzo do ano 977.

Podemos dicir que o motivo que impulsou o seu servizo foi sempre o mesmo: *servir á causa da paz, buscando a estabilidade política e social do Reino de Galicia e converténdose en valedor dos habitantes do noso pobo, de maneira especial dos máis necesitados.* Unha vez que cumpriu a súa misión volveu ao mosteiro; porque el mesmo afirmaba que a súa auténtica vocación era ser monxe e era bispo por servizo ao pobo. Poderíamos sintetizar o desimpegno da súa vida como a dun traballador constructor da paz. Sen dubida, poderíamos aplicar a san Rosendo o que proclamamos na Palabra de Deus deste día: *Coma fillos obedientes, non vos axeitedes ós desexos de antes, cando vivíades na ignorancia, senón que, do mesmo xeito que o que vos chamou é santo, así tamén sede vos santos en calquera circunstancia, porque a Escritura di: Seredes santos, porque eu son santo* (1 Pe 1, 14–16).

Se nos achegamos coa intelixencia do corazón e deixámonos mirar por san Rosendo darémonos conta de que nesta ocasión ao deixarnos mirar por este gran pastor atopámonos cos seus ollos cheos de bágoas e arroibados pola dor.

Unha dor que está causado porque os cristiáns tantas veces claudicamos nos nosos compromisos e consentimos que o mesmo Deus sexa un descartado máis na nosa sociedade. Parece que xa non se pode falar de Deus. Ata os nosos nenos coñecen mellor os nomes das divinidades pagás de hai séculos que a de personaxes históricos do Evanxeo que sí forman parte da historia e da cultura occidental. Non hai máis que botarlle unha ollada ás programacións dos medios de comunicación en donde atopamos unha boa cantidade de películas que se proxectan non só na televisión, senón en canles especiais aos que teñen acceso a través dos medios telemáticos que manexan con gran soltura.

Xa desde nenos ensínaselles como eran e actuaban os deuses mitolóxicos do pasado, creacións fantásticas do xenio humano, pero xamais se lles fala do Deus de Xesucristo que é amor e tenrura, un Deus encarnado na mesma historia da humanidade. Ignóranse momentos significativos da nosa historia como pobo e pérdense os fundamentos éticos e morais da existencia que son a causa do grave deterioro que estamos a comprobar na vida de tantas persoas, entre eles moitos mozos. Preguntástesvos cantas persoas suicidáronse en Galicia no último ano, e cantos deles eran novos? interrogámonos algunha vez do porqué deses crimes horrorosos que se viviron no ámbito familiar nos derradeiros meses? Mesmo se nos xeou o sangue cando escoitabamos a narración que hai semanas realizaba un adolescente despois de masacrar á súa familia pola simple razón de que os seus pais suprimíranlle o acceso ao wifi. Preguntámonos o porqué de todos eses gravísimos sucesos?

Estamos a construír unha sociedade á marxe da mirada de Deus, e esa mirada non é para escravizarnos nin controlarnos nin facernos infelices nin para reprimirnos como din algúns, senón todo o contrario. Xesucristo e a súa Igrexa queren que construíamos unha sociedade e un mundo en paz, máis xusto, sen violencias, que vaia progresando baixo a mirada de Deus que é amor e contémpnanos con tenrura. E para logralo, necesitamos establecer as bases dun desenvolvemento pleno e íntegro de toda persoa, independentemente da súa idade, condición e orientación política. Deus quérenos inmensamente libres, respectuosos coa dignidade de toda persoa desde aquela que se vai desenrolando no ventre da súa nai, ata aquela outra que se debate no medio dunha enfermidade grave ou vive, como ancián, os últimos momentos das súa existencia sobre a terra. Queremos e buscamos unha dignidade que é respecto aos outros, á súa diversidade; unha dignidade que se apoia nese ser de criaturas feitas a imaxe e semellanza de Deus. É aí de onde arrinca a nosa grandeza.

Inspirados pola testemuña de vida de san Rosendo, os nosos predecesores e un grupo de sacerdotes e intelectuais galegos, preocupados pola cultura e entusiastas do feito rosendiano, fundaron a Academia Auriense–Mindonienese, á fronte da cal se atopa, o Moi Ilustre e Rvdo. Sr. Dr. D. Segundo Pérez

López, Presidente da Academia, axudado polo Moi Ilustre e Rvdo. Sr. D. Miguel Angel González García, Secretario da mesma e, grazas a Deus, D. Cesáreo Iglesias Grande, que xunto coa súa familia convertéronse en grandes mecenas desta Academia. Desde aquí quixera agradecer a colaboración prestada e convidovos a que supliquesdes comigo ao Señor para que D. César poida recuperar a súa saúde e siga facendo o ben como amigo e sacerdote.

Benqueridos irmáns e irmás: Mañá, iniciaremos un tempo especial que é a Coresma, serán corenta días nos que lle suplicaremos ao Señor que nos conceda a graza para renovar as nosas vidas e, ademáis, grazas á invitación do Papa, temos que facer realidade o contido da súa mensaxe para este momento da Igrexa que puideramos sintetizar nesta frase: *Non vos cansedes de facer o ben!* (Gal 6, 9). Sí, facer o ben como fixéstelo acollendo a tantas persoas e axudándoas nas súas necesidades, de maneira especial durante este tempo de pandemia. Por pura empatía cristiá, fixéstes vosas as súas dores e preocupacións e, ademáis, puxéstesvos en camiño para axudarlles con eficacia desde a Cáritas parroquial, sen buscar a publicidade nin o aplauso.

Estamos chamados, do mesmo xeito que o foi san Rosendo, a ser construtores de ben alí onde nos atopemos: no fogar, nas relacións veciñais e de amizade, na vida parroquial, en toda esta vila e no mundo enteiro. Facer o ben é sempre un dos obxectivos que brotan do corazón dun home e dunha muller, xa sexa ancián ou neno, que se atopou con Xesucristo; porque non nos podemos esquecer daquilo que se nos dixo: *A alegría do Evanxeo enche o corazón e a vida enteira daqueles que se atopan con Xesucristo*, o verdadeiro Evanxeo vivente. San Rosendo atopouse coa persoa e a vida de Xesucristo desde moi novo, sentiuse fascinado por El e seguiulle con todas as consecuencias. O Evanxeo de Marcos que acabamos de proclamar lémbra-nos ese seguimento radical de Xesucristo: *Non hai ningún que deixe casa ou irmáns ou nai, pai ou fillos ou leiras por causa miña e por causa do Evanxeo, que pase sen recibir agora, neste tempo, cen veces máis en casas, irmáns, irmás, nais, fillos e leiras, xunto con persecucións, e no mundo futuro, a vida eterna. E moitos que son os primeiros serán os últimos; e moitos que son últimos serán os primeiros* (Mc 10, 28-31).

San Rosendo deixouno todo e seguiu a súa vocación: **ser monxe**; é dicir, ser un cristián que vive con radicalidade o Evanxeo de Xesucristo, porque niso consiste a vocación de monxe. Él recibiu o cento por un e sobre todo a gloria eterna; unha gloria que hoxe nos convocou como cada ano para dar grazas a Deus pola santidade deste bo cristián que deixou un sinal de bondade, de verdade e de beleza das que aínda hoxe podemos beneficiarnos, especialmente en Celanova: Fixádevos neste templo, contemplade a antiquísima igrexa de san Miguel, a mesma Academia Auriense–Mindoniense que debemos manter

e potenciar, é unha expresión do legado cultural desta testemuña do Evanxeo.

Non caíamos na tentación de facer do noso cristianismo un entroido. Todo o contrario! O noso cristianismo é moito máis que unha relixión como as outras, é sobre todo unha vida e como tal non podemos encerralo nin nas nosas sancristías nin só nos nosos templos como pretenden algúns dos nosos dirixentes políticos e axentes sociais. O cristianismo é sobre todo vida, unha vida na que tentamos que coas nosas loitas, axudados pola graza de Deus e contando coa colaboración dos irmáns, se vaia plasmando en nós a palabra e as obras do noso Señor Xesucristo. Por iso, o cristianismo non se pode pechar tras uns muros. Esta é a razón pola que nestes gravísimos momentos, o noso cristianismo, impúlsanos con forza a saír non só de todos eses males que estamos a vivir como secuelas dunha pandemia, que lle custa abandonarnos, senón tamén desoutra gran pandemia coa que nos atopamos estes días, aínda máis grave ca outra, que está a causar dor e mortes, como consecuencia desta guerra; unha guerra que parecía impensable, nas entrañas da mesma Europa, e aí a temos. Xa non son ruídos de armas que chegan aos nosos oídos procedentes de allende os mares ou doutro continente –que tamén nos producen dor–, agora está moi preto de nós e non sabemos como terminará esta tráxica aventura. Sí estamos seguros que sufriremos, antes ou despois, as consecuencias deste delirio belicista que nos lembra outros momentos na historia do Século XX. Non nos esquezamos que estas cousas graves comezan por acontecementos pequenos como aquel que arrasou o mundo enteiro na década dos anos trinta do século pasado. Nesta situación son proféticas as verbas do papa Pío XII, no radiomensaxe do Nadal de 1939: ***Nada se perde coa paz; todo pode perderse coa guerra.*** Estas palabras conmoveron o corazón daquel papa bo que foi san Xoán XXIII, que as recolleu na súa última carta encíclica *Pacem in terris* (11 de abril de 1963), escrita nuns momentos nos que a enfermidade estaba a consumir a súa vida (faleceu mes e medio máis tarde, o 3 de xuño de 1963). Pero escribiuna en circunstancias moi difíciles nas que existía unha grave tensión entre os dous bloques belicistas máis poderosos da terra naquel momento. Algo similar fixo san Xoán Paulo II, para evitar a chamada Guerra do Golfo, no próximo Oriente, cando diante dunha multitude de fieis, durante o rezo do Ángelus, díxolles: *Despois de chamar insistentemente ás portas dos poderosos da terra para que non se chegase á guerra e fracasando, convídevos, como o fixeron outros papas ao longo da historia, a que volvades a mirada á Nai de Deus e supliquédeslle a paz.* Iso pídenos agora o papa Francisco: ***oración*** para que se converta o corazón dos poderosos deste mundo e ***esmola*** para colaborar coa acollida dos desprazados e refuxiados.

Dentro duns días, precisamente, a Igrexa ao comezo da Coresma invitaranos a coidar a oración, o xexún e a esmola. Que san Rosendo concédanos

aquilo que precisamos pero, de maneira especial, o don da paz ao noso mundo, un mundo globalizado no que xa non hai fronteiras, por iso é polo que os problemas duns son ineludiblemente, problemas de todos, en especial problemas nosos que, por ser cristiáns, temos grandes motivos para amar, para perdoar, para axudar, para ser esas testemuñas misioneiras do amor e da paz de Deus, como o foron os mellores fillos da Igrexa, como o foi san Rosendo, o noso patrón, e protector desta Vila e dos pobos de Galicia.

Que así sexa.

400 años de la Canonización de santa Teresa de Jesús, san Ignacio de Loyola, san Francisco Javier, san Felipe Neri y san Isidro

Convento de las Carmelitas Descalzas (Ourense), 24 de marzo de 2022

Mis queridos hermanos sacerdotes.

Rectores, formadores y seminaristas del Divino Maestro y del Redemptoris Mater.

Hermanas y hermanos en el Señor:

El pasado 12 de marzo de 2022 se celebraron los 400 años de la magna celebración litúrgica en la que el papa Gregorio XVI, en 1622, canonizó por primera vez en la historia a cinco testigos de Jesucristo: San Ignacio de Loyola, san Francisco Javier, san Felipe Neri, san Isidro y santa Teresa de Jesús.

Quisiera saludar con paternal afecto a la Comunidad de Madres Carmelitas de esta ciudad y Diócesis y, al mismo tiempo felicitarlas por esos 400 años de la canonización de la Santa Madre Teresa de Jesús.

Cuando, en sintonía con el papa Francisco, hemos buscado el momento adecuado para celebrar esta acción de gracias a la Santísima Trinidad, hemos pensado en esta iglesia conventual de este Carmelo de Ourense porque es el lugar en donde perdura el testimonio vivo de uno de los santos canonizados en aquella ocasión, la única mujer de entre los cinco. Como todos sabéis, ha sido el profundo deseo y el tesón de recio castellano de mi venerable predecesor Mons. Ángel Temiño Saiz (1953–1987), el que ha querido que en este lugar del monte Ervedelo, muy cerca de los Seminarios, se construyese este “palomarcico” de Santa Teresa; sin ninguna duda podemos afirmar que él ha sido el verdadero fundador de este Carmelo, y, en virtud de la comunión episcopal, sintiéndome sucesor de aquel gran obispo, yo debo esforzarme por mantener vivo, ayudado por el Presbiterio Diocesano, este convento. Mientras no se hacía realidad este edificio en el que hoy nos encontramos, las primeras monjas de la etapa fundacional fueron acogidas y atendidas por Mons. Temiño en la sede del mismo Obispado. Allí estuvieron cerca de tres años. Desde su fundación, hace más de cincuenta años, este Carmelo ha sido, y seguirá siendo la expresión viva de la presencia del espíritu teresiano entre nosotros. ¡Cuánto bien nos ha hecho a seminaristas y sacerdotes la vida y la doctrina espiritual de la Santa Madre Teresa de Jesús! Y, junto con la doctrina, el testimonio de la vida de sus hijas. Ellas nos ganaron el corazón a los Seminarios, al clero y al pueblo de Dios, de manera especial a los que viven en este barrio de san José de Vistahermosa.

No podemos perder la perspectiva de lo mucho que nos dieron y, con la ayuda de Dios, nos seguirán dando las hijas de Santa Teresa. Mis queridas Madres Carmelitas, soy muy consciente de que se asoman nubes de tormenta

en el horizonte de la todavía joven historia de este convento, pero con la ayuda de Dios, que no nos faltará, de la Santísima Virgen del Carmen y del cariño que os tiene este pueblo y el clero de esta querida Diócesis, podréis “capear el temporal” como se dice en mi tierra natal. La Santa Madre habla de tiempos recios y, a través de sus enseñanzas, nos enseña que para superar estos momentos es necesario tomar una determinada determinación. Es verdad que en nuestra tierra llevamos muchos años sin que surjan vocaciones para este Carmelo; antes de la pandemia nos alegramos con aquellas dos postulantes procedentes de la ciudad de Vigo, sin embargo, decidieron emprender otro camino. A pesar de todo, aceptando el hecho de que no surgen vocaciones para la vida contemplativa en nuestra tierra y entre nuestra gente joven, no podemos olvidar que el carisma Carmelitano lo hemos llevado a las tierras de allende el mar y está fructificando de manera generosa y fecunda, de tal modo que, en su día, con la ayuda de Dios, de allí podrían venir quienes continuaran el carisma teresiano en esta Diócesis.

Nos hemos querido reunir aquí porque no tenemos otra presencia más significativa que este Carmelo; aunque tarde, porque las dificultades de agenda son siempre complejas y, además, porque no hemos querido molestaros durante vuestros ejercicios espirituales anuales. Hoy, con la oración de la Iglesia, en este camino cuaresmal, *invocamos humildemente, Señor, tu grandeza para que a medida que se acerca la fiesta de la salvación, vaya creciendo en intensidad nuestra entrega para celebrar dignamente el Misterio Pascual.*

También en aquel 12 de marzo de 1622, la Iglesia se encontraba en plena Cuaresma y toda Roma estalló en fiesta como si fuese un día de gran esplendor. Hoy, en nuestro itinerario cuaresmal, elevamos los ojos de nuestro corazón para suplicarle que *a medida que se acerca la fiesta de la salvación, vaya creciendo en intensidad nuestra entrega para celebrar dignamente el Misterio Pascual.* Y, sin ninguna duda, esa entrega se va perfilando más cuando contemplamos el rostro de los mejores hijos de la Iglesia que son los santos y, desde aquí, desde este convento de Santa María Madre y de San José damos gracias a Dios por los modelos de santidad que nos ha propuesto la Iglesia hace 400 años, modelos singulares, cada uno de ellos, que con la fuerza de su vida han llegado hasta nosotros con mayor grandeza:

San Ignacio de Loyola, apasionado de Jesucristo, fundador de la Compañía de Jesús y gran maestro de espíritu que nos ha dejado como testimonio de vida *sus cartas*, su *autobiografía*, la memoria de un peregrino y, de manera especial, el *Libro de los Ejercicios Espirituales* que tanto bien han hecho y siguen haciéndonoslo.

San Francisco Javier, corazón intrépido y enamorado de la causa del Evangelio; él que estaba en la Universidad de la Sorbona de París para prepararse

y ocupar altos cargos eclesiásticos en España y terminó sus días, todavía muy joven, como misionero a la entrada de Japón. Hoy venerado junto con la Carmelita Descalza, Santa Teresa del Niño Jesús, como Patrón de las misiones.

San Felipe Neri, sacerdote secular, que supo descubrir en los niños abandonados y explotados de la época el rostro de Jesús; cultivó en ellos la verdadera espiritualidad evangélica a través de los oratorios, anticipándose a otros santos del siglo XIX. Es el sacerdote que supo enseñar que el camino de la santidad es la senda de la alegría, de rostro alegre y no de “cara de funeral” como nos dice con su estilo tan peculiar el papa Francisco.

San Isidro, humilde jornalero, un asalariado que con el duro trabajo del campo se hizo amigo de Dios y de los hombres.

Por último, la única mujer del grupo: Santa Teresa de Jesús. Fundadora y reformadora de un nuevo estilo de vida carmelitano que, por medio de sus escritos de alto contenido místico, fue declarada Doctora de la Iglesia y, a pesar del tiempo que nos separa de su presencia histórica en esta tierra, sigue ejerciendo una gran influencia a través de sus obras y por el testimonio vivo de sus hijas las Carmelitas Descalzas. Mis queridas hermanas, vosotras sois sus herederas de su espíritu y de su tradición espiritual. Cuando mi venerado predecesor, fundador de este convento, quiso que, en este barrio de Vistahermosa, a los pies del monte Ervedelo, se construyese un Carmelo de Santa Teresa, lo hizo con el convencimiento del que era y es un hombre de fe, sabiendo que los Seminarios y la labor apostólica realizada en la vecina Casa de Ejercicios, necesitaban estar bien fundamentados en la oración y en el sacrificio fecundo y escondido de este Carmelo. He ahí vuestro sentido. He ahí vuestra misión que es perennemente actual. Es verdad. Vosotras no sois un Carmelo histórico, fundado por Santa Teresa, como Alba de Tormes o el de San José y el de la Encarnación de Ávila; pero sí habéis nacido por deseo de Mons. Temiño, un pastor apasionado por las vocaciones y por el bien de sus Seminarios, cerca de los cuales os quería a vosotras para que os convirtierais en esas guardianes de la vida y del ministerio de los sacerdotes de esta Diócesis.

Que estos santos, con Santa Teresa a la cabeza, nos bendigan con vocaciones y vosotras, encomendaos a vuestro fundador para que, a pesar de caminar por sendas de tinieblas, éstas muy pronto se conviertan en camino de transfiguración.

Escritos

¡Siempre adelante!

Cuando me disponía a escribir unas palabras de introducción a la revista *Pastoralia* para el tiempo de Cuaresma y Pascua de este año 2022, me encontré con la homilía que el papa Francisco había pronunciado en Washington, el 23 de septiembre de 2015, con motivo de la canonización del español Fray Junípero Serra, llamado el “apóstol de California”; en ese texto me sentí como interpelado por esta frase: *Recordamos a uno de esos testigos que (...) supo vivir lo que es «la Iglesia en salida» (...) supo vivir diciendo «siempre adelante».* Esta fue la forma que Fray Junípero encontró para vivir la alegría del Evangelio (...) Fue siempre adelante, porque el Señor espera; siempre adelante, porque el hermano espera; siempre adelante, por todo lo que aún le queda por vivir; fue siempre adelante. Que, como él ayer, hoy nosotros podamos decir: «siempre adelante».

Es muy humana la tendencia a instalarnos. Siempre estamos corriendo el riesgo de dejar que nuestra existencia como creyentes se “cristalice”[1] y no se la pueda tocar, ni modificar, ni cambiar de lugar, ni mucho menos alterar. El pasado mes de noviembre clausurábamos nuestro Sínodo Diocesano, o mejor, finalizaba una etapa y se iniciaba otra nueva: la postsinodal. Sin duda alguna es una de las importantes; por otra parte, nuestra dinámica postsinodal comenzaba su recorrido y se encontraba con la invitación del papa Francisco a participar en la preparación del Sínodo de los Obispos. Podemos caer en la tentación, como nos recordaban durante la *Visita ad limina*, de considerar que esta invitación del Papa es tan sólo ocasional, sin embargo, al escucharle personalmente en la audiencia que nos ha concedido a un grupo de obispos españoles, nos damos perfectamente cuenta de que lo que él desea es que la sinodalidad se convierta en un proceso, un camino, un estilo de ser y de hacer Iglesia, en definitiva, que no se trata de participar en la preparación de unas etapas que tendrán su conclusión en Roma en el año 2023, sino de descubrir que esta tiene que ser la dinámica de la Iglesia de este tercer milenio.

Por consiguiente, todo lo que hagamos, proyectemos y realicemos en nuestra Iglesia particular debe estar recorrido por este dinamismo eclesial como si fuese un *elemento trasversal* que debe iluminar, inspirar y empapar toda nuestra realidad eclesial y su actividad. En este caso, se trata de prepararnos para vivir la Pascua de 2022. Los que participan en este número nos quieren ayudar a descubrir todos los matices de este tiempo litúrgico, a redescubrir la importancia de Pascua, que es el punto central de donde surgen y hacia dónde deben dirigirse todas nuestras actividades. La vida misma con el decurso de

los días, meses y estaciones nos está dando la gran lección de estar siempre caminando y mirando hacia adelante. Dentro de esa misma dinámica se mueve la corriente mistagógica que está en la base del Año litúrgico.

El lema con el que he iniciado esta reflexión: *¡siempre adelante!*, me gustaría que lo pusiéramos en relación con este otro *¡siempre lo mismo!* Muy parecidos y, sin embargo, totalmente antitéticos. El primero se entiende como motivo dominante y recurrente que es propio de los santos; podemos afirmar que es el tema central de una vida que lucha por seguir a Jesucristo, y que implica siempre estar en camino, sentirse y ser peregrinos fascinados por el amor de Aquel que es un Dios que se acercó a nuestra historia en la persona de Jesucristo, el Resucitado. Sin embargo, el segundo define la actitud y el planteamiento que experimentamos cuando vivimos *nuestra vida pasando de un curso a otro, de método en método, y que nos lleva a hacernos pelagianos, a minimizar el poder de la gracia que se activa y crece en la medida en que salimos con fe a darnos y a dar el Evangelio a los demás*[2]. Es la actitud que brota de nuestros corazones cuando hemos dejado de movernos bajo los impulsos de la dinámica de la *primacía de la gracia*[3]. Porque cuando, como cristianos, nos abrimos a todo y a todos con una ilusión renovada entonces descubrimos que todo es gracia y, por consiguiente, nos ponemos en la actitud de decir: *¡siempre adelante!* Aunque nos digan las mismas cosas y nos repitan las mismas ideas. Vivir en la dinámica de la gracia nos ayuda a estar siempre abiertos al mañana, desde el momento presente que, a pesar de estar condicionado por nuestras pobrezas y miserias, por nuestra excesiva carga de realismo crítico, siempre hay un motivo para caminar.

Que las aportaciones de esta revista sean acogidas con verdadero espíritu positivo. Han sido muchas las horas empleadas en la composición de estos escritos, también ha sido grande el tiempo empleado en la reflexión y, seguro, que los trabajos de nuestros hermanos los han pasado por la oración. En el horizonte de todos ellos seguro que se asomó siempre una pregunta: *¿cómo lo podré decir para que me entiendan mejor y les pueda servir para su vida personal y pastoral?* No nos instalemos en la crítica, ni en las lamentaciones que hacen daño al corazón y perjudican la vida de la comunidad y, en ocasiones, casi siempre, erosionan la vida fraterna. No caigamos en las fantasías triunfalistas que nos hacen perder tiempo y fuerzas en planes y en proyectos pastorales que ni existen, ni nunca existirán. Centrémonos en lo concreto y real. En lo que nos proponen para nuestra consideración, abiertos siempre a recibir sugerencias y observaciones para mejorar, porque eso es lo que se busca siempre. El papa Francisco nos recuerda que *el triunfalismo no es cristiano* y que *Dios se sirve del camino de la perseverancia, porque nos salva en el tiempo y en la historia, en el camino de todos los días*. De hecho, desde la perspectiva de la fe, debemos *perseverar en el camino del Señor, hasta el final, todos los días*.

No digo comenzar de nuevo todos los días: no, proseguir el camino. Proseguir siempre[4]. De ahí que os invite a decir y vivir ¡siempre adelante!

Si toda la pastoral de la Cuaresma debe ordenarse, primordialmente, a recuperar la conciencia de bautizados y nuestra pertenencia a la Iglesia, como una comunidad que quiere y desea caminar sinodalmente, podemos estar seguros que la Cuaresma sin la Pascua no tiene sentido. Este tiempo es para descubrir, una vez más, que debemos ayudarnos y ayudar a descubrir a la humanidad que camina a nuestro lado, y de la que formamos parte, que está marcada por el pecado, para que pueda emerger la humanidad nueva que nace del Bautismo, que es sellada por la Confirmación, alimentada por la Eucaristía y reconciliada por la Penitencia. Todo ello contemplado bajo la perspectiva de la comunión de la Iglesia, una Iglesia que se siente familia y quiere caminar unida, caminar juntos –sinodalmente–, en la que todos somos necesarios y vamos descubriendo, día a día que: *Ningún programa realiza la misión de la Iglesia./En ningún esquema de metas y objetivos se incluye todo./Esto es lo que intentamos hacer:/ plantamos semillas que un día crecerán;/regamos semillas ya plantadas,/sabiendo que son promesas de futuro./Sentamos bases que necesitarán un mayor desarrollo./Los efectos de la levadura que proporcionamos/ van más allá de nuestras posibilidades./No podemos hacerlo todo y, al darnos cuenta de ello, sentimos una cierta liberación./Ella nos capacita a hacer algo, y hacerlo muy bien./Puede que sea incompleto, pero es un principio,/ un paso en el camino,/ una ocasión para que entre la gracia del Señor y haga el resto./ Es posible que no veamos nunca los resultados finales,/ pero esa es la diferencia entre el jefe de obras y el albañil./ **Somos albañiles**, no jefes de obra, ministros, no el Mesías./Somos profetas de un mundo que no es nuestro.*

Con este poema, que comúnmente se le atribuye a san Oscar A. Romero, felicitó las Navidades el papa Francisco a la Curia Romana el 21 de diciembre de 2015; con estas palabras quisiera finalizar mi “obertura” a estos trabajos para que nos convenzamos de que son oportunidades que el Espíritu suscita entre nosotros para *volver a lo esencial*, y esa vuelta significa tomar conciencia de lo que somos y tenemos nosotros mismos, del prójimo, de la Iglesia y del Dios con nosotros que nos hace visible el rostro invisible del Padre de las misericordias y de la gracia. Y porque creemos y esperamos esta realidad, y porque nos sentimos “albañiles” y obreros de la viña del Señor podemos decir: ¡siempre adelante!

NOTAS:

[1] Cfr. Francisco, *Exhortación apostólica “Evangelii gaudium”*, n. 223.

[2] Francisco, *Homilía en la Misa Crismal*, 28 de marzo de 2013.

[3] Juan Pablo II, Carta apostólica “*Novo millennio ineunte*”, n. 38.

[4] Francisco, *Homilía en Santa Marta*, 11 de abril de 2013.

En la revista diocesana *Comunidade*

Enero

Visita *ad limina*: el Papa nos invita a salir y hacernos presentes en medio de nuestra sociedad

Recuerdo con emoción lo que he podido vivir el pasado mes de diciembre junto con los Obispos del Norte y del Noroeste de España. Con ocasión de la Visita *ad limina Apostolorum* fuimos el primer grupo de obispos españoles que nos acercamos a Roma para estar con el “nuevo Pedro”, el papa Francisco, e informar de la situación de nuestras Iglesias diocesanas a las Congregaciones y a los demás Dicasterios de la Sede Apostólica, y no sólo informar sino recibir distintas observaciones y sugerencias. Ya el primer día, al celebrar la Eucaristía en las criptas de la basílica Vaticana, muy cerca de donde está el sepulcro de San Pedro, vivíamos un momento emocionante al sabernos tan cerca del corazón físico de la Iglesia. En mi recuerdo estaba toda la Iglesia en Ourense, sus sacerdotes, diáconos, religiosas, los seminaristas, los laicos; tantas y tantas necesidades de nuestra Iglesia particular. También hemos dejado sobre el altar los proyectos del futuro inmediato, de manera especial la recepción y continuidad del Sínodo Diocesano, expresión de las preocupaciones y anhelos de nuestro pueblo. En Roma, a pesar de las cautelas “protocolarias” a causa de la pandemia en la que nos encontramos inmersos y que se resiste a abandonarnos, se respira “sinodalidad”, ambiente de comunión y, por parte de los que allí trabajan ayudando al Papa, hemos percibido deseos de querer y poder ayudarnos más y mejor. Uno se encuentra muy seguro cuando se acerca al corazón de la Iglesia.

En la Visita *ad limina*, visita-peregrinación a las tumbas de los Apóstoles, el acto central es el encuentro del Obispo con el sucesor de San Pedro, el actual papa Francisco. Además de las reuniones de estudio en las Congregaciones, Dicasterios y Pontificios Consejos que son como unos Ministerios al servicio de la Sede Apostólica y de toda la Iglesia Universal, sin ninguna duda, lo más importante es el encuentro con el Papa. Curiosamente, al día siguiente de nuestro encuentro, el papa Francisco cumplía 85 años y la impresión que me ha causado en la audiencia, que duró dos horas y media, fue la de una persona con una gran vitalidad, una fuerte dosis de optimismo, gran inteligencia y una perspectiva pastoral caracterizada por la globalidad que le da el conocimiento activo y real de todos los lugares en donde está implantada la Iglesia Católica. Su persona nos dio a todos una dimensión de universalidad propia de la Iglesia Católica.

El clima que logró crear el Papa fue de tal cordialidad y cercanía que las preguntas se sucedieron y el tiempo transcurrió sin apenas percibir su paso. Se estaba muy bien con él. Le escuchamos, nos escuchó, hemos disfrutado con sus anécdotas, nos ilusionó con sus consejos y, cada uno de los presentes, se sintió confirmado y refrendado “en” y “con” el ejercicio de su ministerio pastoral. Vivir la experiencia de estar con Francisco, cabeza del Colegio de los Apóstoles, al que pertenecemos todos los obispos, nos ayudó a descubrir con objetividad y con mucha realidad la sinodalidad en la Iglesia.

He podido comprobar que las preocupaciones del Obispo de Roma son las mismas que las de cualquier otro obispo del mundo, claro está, con otra perspectiva propia de aquel que se encuentra en el corazón de la Iglesia, que es la Ciudad del Vaticano que ha ido construyéndose a lo largo de los siglos en torno a la tumba de San Pedro. Cuando fui recibido por el Papa, me sorprendió su sonrisa y acogida. Después de presentarme, le manifesté que, en nombre de toda la Iglesia en Ourense, le agradecíamos el mensaje que nos había enviado con motivo de la última fase del Sínodo Diocesano y la invitación a participar en el Sínodo General de los Obispos, cuya invitación: Por una Iglesia sinodal: comunión, participación y misión; nos ayuda a mantener el ritmo del camino sinodal emprendido por nosotros desde 2016 y apostar por otro estilo de presentar la Iglesia tal como él mismo nos dijo. Lo que antes servía, ahora es necesario replantearlo de nuevo, con otro ritmo y otro estilo; de manera especial nos invitaba a salir y hacernos presentes en medio de nuestra sociedad aprovechando todas las ocasiones que tengamos para anunciar el alegre mensaje de que nuestro Dios existe y nos ama, y de que Jesucristo es el único que nos salva.

Todos los hijos e hijas de la Iglesia, y también aquellos que se encuentran al margen de esta gran familia, o quizás en las periferias de la misma, podemos estar seguros de que nos encontramos en la misma barca y de que el timonel, que es el nuevo Pedro, ayudado por el Espíritu Santo, quiere guiar a la Iglesia de este milenio por los caminos de la paz y del auténtico progreso humano; un camino definido por la sinodalidad, la comunión, la participación y la misión.

Con afecto os bendice y se encomienda a vuestras oraciones,
J. Leonardo Lemos Montanet
Bispo de Ourense

Febrero

El “veneno” inocente de las palabras

Como bien sabéis, el pasado mes de diciembre, un grupo de obispos españoles realizamos la Visita ad limina. Uno de sus momentos más significativos ha sido el encuentro con el Papa. En esta ocasión tuvimos una especie de tertulia entre los hermanos con aquel que es el mayor de todos, por llamarla de algún modo. Ha sido un encuentro de una gran calidez humana en donde el Santo Padre Francisco nos abrió su corazón y nos invitó a compartir con él nuestras preocupaciones y alegrías, nuestros proyectos e ilusiones. La conversación duró dos horas y media. Tanto antes como después del encuentro nos saludó con afecto a cada uno de los obispos y se interesó por nuestras comunidades diocesanas. Al despedirse de cada uno de nosotros nos obsequió con una medalla conmemorativa, un libro y un folleto de treinta páginas. Os aseguro que me llamó la atención el título, que traducido al castellano reza así: “Palabra abusada. El “chismorro” en las enseñanzas del Papa Francisco.” Sabemos bien, porque lo hemos escuchado y leído en varias ocasiones, que uno de los temas recurrentes en las intervenciones del Papa, ya desde el primer momento del inicio de su ministerio como Obispo de Roma, ha sido lo que los italianos llaman “le chiacchiere”, es decir, las conversaciones frívolas e inútiles, las habladorías, la maledicencia o, si queréis, para entendernos mejor y utilizando un término coloquial, el “chismorro”.

El papa Francisco, tanto a los cardenales y obispos como a los sacerdotes, a los miembros de la Curia vaticana y a los consagrados, y a todos los fieles en general, les habló, y sigue haciéndolo, aprovechando todas las ocasiones y momentos para llamarles la atención sobre esta costumbre perniciosa que destruye tantas veces la convivencia, genera conflictos innecesarios, enfrentamientos y enfados inútiles, disgustos y confrontaciones estériles, pérdidas de tiempo, y, a veces, malos hábitos que van deteriorando la vida interior y lesionando la caridad y la justicia. El Santo Padre llega en ocasiones a calificar a las personas que se instalan en este tipo de “conversaciones frívolas y superficiales” de potenciales asesinos, o bien “terrorismo delle chiacchiere”, algo así como “terrorismo del chismorro”.

En alguna ocasión, hablando de esta mala costumbre, el Papa ha llegado a afirmar que esta práctica puede encontrarse en la vida del cristiano e, incluso, que algunos puedan hasta “despellejar” a los hermanos de comunidad, a los sacerdotes, a los obispos, incluso al mismo Papa con sus chismes generando una “actitud destructiva en la Iglesia”. Francisco sostiene que con este tipo de conversaciones superficiales y frívolas uno busca entrometerse en la vida privada de los demás: inicialmente, se comienza con un comentario inocente, pero poco a poco, si no le prestamos atención y no nos corregimos, ello termi-

na actuando como un veneno. Él mismo afirma con su humor característico: *Parece bueno charlar... No sé por qué, pero parece una cosa buena. Como los caramelos de miel, ¿no? Tú coges uno y dices: ¡Ah, qué bueno! Y después otro, y otro, y otro y al final te duele la tripa (...) es dulce al principio y después te arruina, ¡te arruina el alma!*

El chismorreo es destructivo en la Iglesia. Son destructivos. Es un poco como el espíritu de Caín: matar al hermano con la lengua. Fortunatus Nwachukwu, el autor de este librito, al estudiar estos comentarios del Papa, llega a afirmar que en el proceso de ese “chismorreo” o de esas conversaciones frívolas o inútiles, se dan tres situaciones: la desinformación, se dice la mitad porque conviene, la otra mitad uno se la calla porque no es conveniente decirla. La difamación, así afirma el Papa que es la conversación con la que se comenta un defecto o un mal momento que ha sufrido una persona e inmediatamente otro se la cuenta a todo el mundo, y la fama de esta persona queda arruinada, destruyendo la buena reputación de un supuesto enemigo, de alguien que nos cae mal, de un rival –profesionalmente hablando– o de una persona que nos resulta indiferente. Por último, la calumnia. Con palabras del mismo Francisco: Decir cosas que no son verdaderas. Esto, propiamente, es matar al hermano.

Desearía aconsejaros que leyerais este librito, pero será necesario esperar a que pronto algún editor nos pueda ofrecer su traducción al español. Sinceramente, pienso que será de una gran utilidad para todos. Por algo nos lo regaló el Papa a los obispos, no sólo para nosotros, que seguro nos hace falta, sino también para los sacerdotes, consagrados, en definitiva, para todos los fieles, porque para el papa Francisco es necesario que extirpemos este mal de nuestros ambientes, ya que es imprescindible para lograr una auténtica conversión personal y pastoral.

Con afecto os bendice y se encomienda a vuestras oraciones,
J. Leonardo Lemos Montanet
Bispo de Ourense

Marzo

Una Iglesia en camino es siempre fecunda en vocaciones

Una Iglesia en camino sinodal es, necesariamente, una Iglesia fecunda en vocaciones para el ministerio sacerdotal, la vida consagrada y también para el matrimonio cristiano. Hoy quisiera dirigirme a vosotros para ayudaros a descubrir, una vez más, esa realidad que existe en nuestra Diócesis y, a veces, es ignorada por algunos: el Seminario Mayor y Menor. Hace muy pocos meses que se ha clausurado nuestro Sínodo Diocesano y hemos abierto esa nueva eta-

pa postsinodal que ha quedado imbricada en la preparación del Sínodo de los Obispos de 2023. Es bueno recordar que entre las 131 proposiciones aprobadas en nuestro Sínodo encontramos alusiones específicas a la vocación sacerdotal.

En la primera, se nos indica que es necesario elaborar un Proyecto Diocesano dirigido a los niños y a los jóvenes en el que se contemple un itinerario educativo–pastoral–vocacional (n. 67). Y, un poco más adelante, se vuelve a mencionar y reclamar la necesidad de ese itinerario de formación e información para generar una cultura vocacional que ayude a los jóvenes a descubrir y vivir su vocación (n. 70). Tanto una como la otra subrayan la necesidad de formación e información. En una sociedad como la nuestra, en plena era digital, donde la información casi es instantánea y puede estar en nuestras manos sólo con mover un dedo, nos encontramos con que hay algunos estratos de la población creyente que no sabe que existen nuestros Seminarios e ignoran la labor que en ellos se lleva a cabo.

Hay mucha información elaborada, pero ésta no llega a sus destinatarios, puede ser que quede abandonada en medio de tantas comunicaciones que llegan a saturarnos. Sólo nos damos cuenta de la importancia de las vocaciones cuando nos quedamos sin la Misa del domingo o cuando nuestro sacerdote pasa de largo por delante de nuestra parroquia para ir a celebrar los divinos misterios a la de los vecinos. Se nos pide un párroco, a veces nos lo exigen como si fuese un agente o un servicio municipal, ¡tenemos derecho a un cura! Algunas personas creen que a los sacerdotes se les fabrica en el patio del Obispado. Por otra parte, da la sensación de que el problema vocacional es un asunto que sólo concierne al obispo y a sus colaboradores inmediatos. Sin embargo, la preocupación por las vocaciones es una realidad que debe brotar de lo más íntimo del corazón de una persona creyente.

Las vocaciones se convierten en un reto para nuestra vida de fe que nos interpela a todos, desde el obispo al último de los bautizados. Es verdad que algunos pretenden devaluar el sacerdocio considerándolo innecesario o superfluo; como un servicio que ha pasado de moda. En este sentido, sería bueno que le preguntasen su opinión a los que viven en aquellas parroquias en donde se han quedado sin cura y deben esperar a que el de las parroquias vecinas tenga tiempo para atenderlas. Es verdad que la mancha dolorosa de la pederastia, ventilada una y mil veces por algunos medios de comunicación, así como la proyección sistemática de algunos films especialmente elaborados para una mentalización anticlerical, pretende aplastar cualquier brote vocacional.

No es menos cierto que una sociedad como la nuestra, recorrida por las modas de un laicismo excluyente y de un neopaganismo beligerante, intenta apartar del corazón de los niños y de los jóvenes la belleza de la llamada que Jesús hizo un día a sus discípulos y que sigue haciendo todavía hoy. ¡Todo

esto es verdad! Pero no es menos cierto que el Señor sigue llamando, y el eco de esa llamada debe ser cuidado por todos: familia, profesores, sacerdotes, amigos. Las vocaciones, que sí existen, se apagan porque les falta la ayuda necesaria para crecer: unos padres que debieran apoyar a ese hijo, a veces hijo único, sin embargo, lo apartan de su llamada porque piensan que si se hace sacerdote lo pierden ¡todo lo contrario!; unos profesores que, sin respetar la libertad de un vocacionado, disparan toda su artillería ideológica para aplastar cualquier signo de llamada tan pronto como se manifiesta; los sacerdotes, que a veces no se atreven a presentarle a ese joven la vocación como una posibilidad en el horizonte de su vida.

¡Dios sigue llamando! Es necesaria una Iglesia con los oídos abiertos a la llamada de Dios. Para ello necesitamos intensificar nuestra oración. Recuperemos en nuestras parroquias, tanto las del mundo urbano como aquellas de las villas y del ámbito rural, la hermosa costumbre de los jueves eucarísticos y vocacionales; estos actos los pueden organizar los seglares, no es necesario que esté presente el sacerdote. Incorporaremos siempre en las “Oraciones de los fieles” una súplica en la que se pida por las vocaciones. Seamos más generosos y creativos a la hora de plasmar nuestros proyectos pastorales, siendo ambiciosos y originales al concretar esos itinerarios de cultura vocacional, de los que hablaban en sus aportaciones los miembros “sinodales”. Es bueno que los sacerdotes y los seglares que se dedican a la educación en la fe se atrevan a proponer ese camino a los jóvenes estudiantes y organicen visitas para conocer y convivir con los alumnos de nuestros Seminarios.

En este tiempo de Cuaresma, los sacerdotes pueden dedicar un tiempo especial a la administración del Sacramento de la Penitencia y estar disponibles para el acompañamiento personal de quienes lo soliciten. Los sacerdotes no debemos olvidar nunca que detrás de esa abuela, esa madre, esa tía, esa hermana se puede encontrar ese joven en el que Dios ha puesto su mirada. El lema de la campaña del Día del Seminario 2022 nos quiere situar dentro de las coordenadas de la sinodalidad que estamos viviendo en la Iglesia y, de manera especial, en la nuestra: Sacerdotes al servicio de una Iglesia en camino. Desde el año 2016 que hemos iniciado nuestro camino sinodal nos hemos esforzado por ponernos en camino. Quiera Dios que esta actitud, propia de los peregrinos de la fe, se convierta en una verdadera apuesta más creativa para lograr esa cultura vocacional que hoy necesitamos más que nunca. Me encomiendo a vuestras oraciones.

Con afecto os bendice y se encomienda a vuestras oraciones,
J. Leonardo Lemos Montanet
Bispo de Ourense